EVA GARCÍA IGLESIAS

Jefa de su vida

El momento es ahora

Capítulo 1

Capítulo 1 — El cartel

El despertador sonó a las seis y cuarenta y cinco, como llevaba sonando veintiocho años. Carmen Ruiz lo apagó antes del segundo pitido, por costumbre, para no despertar a Andrés. Luego se quedó quieta en la oscuridad, escuchándolo respirar, y pensó algo que no se había permitido pensar nunca en voz alta: que daría lo mismo despertarlo. Que si abría los ojos, él la miraría igual que miraba el tiempo en el móvil. Con la atención justa para saber si había que coger paraguas.

Se levantó. Cincuenta y dos años, un par de kilos que no estaban en la boda y una rodilla que crujía en las escaleras. Se lavó la cara con agua fría y se miró en el espejo del baño con la luz amarilla, la única que no la hacía parecer cansada.

—Buenos días, Carmen —se dijo, en un susurro.

Nadie más se lo iba a decir.

En la cocina puso la cafetera, sacó dos tazas, el pan de molde, la mantequilla que a Andrés le gustaba blanda. Hizo todo eso sin pensar, con las manos solas, como quien reza una oración aprendida de niña. Cuando él bajó, ya con la corbata puesta, el café estaba servido.

—¿Has visto mis gafas de cerca?

—En la mesilla. Debajo del libro.

—¿Qué libro?

—El que no lees.

Él no captó el tono, o decidió no captarlo. Subió, bajó, se sentó, abrió el periódico en la tableta y desapareció. Carmen lo miró comer. Veintiocho años. Se acordó del chico que la esperaba a la salida del instituto con una moto prestada y una rosa robada del jardín de los Pons. Ese chico existía todavía en algún sitio, quizá debajo de la corbata, quizá en las fotos del altillo. Pero en la mesa no estaba.

—Esta noche ceno con los de la oficina —dijo Andrés, sin levantar la vista.

—Vale.

—No me esperes.

Hacía mucho que no lo esperaba.

Se fue a las siete y media. Carmen recogió, puso una lavadora con la ropa que Pablo había traído de Valencia el fin de semana —tres bolsas, olor a residencia de estudiantes, ni un «gracias, mamá»— y se sentó un momento con el móvil antes de salir hacia la clínica dental, donde llevaba veinticinco años en recepción.

En el grupo de WhatsApp *Familia Ruiz* el último mensaje era suyo, del domingo: una foto del arroz al horno y un «¿Cuándo venís a comer los dos juntos? Os echo de menos». Dos tics azules. Ninguna respuesta. Laura lo había leído en Madrid; Pablo, en Valencia. Andrés, en la habitación de al lado.

A las ocho y diez, justo cuando cerraba la puerta, vibró el teléfono. Laura.

—¡Mami! ¿Estás?

El corazón le dio un saltito, el de siempre, el que no aprende.

—Hola, cariño. Claro que estoy. ¿Cómo estás? ¿Has visto el arroz que…?

—Oye, una cosa rápida, que entro a una reunión. ¿Me puedes hacer un Bizum de trescientos? Es que me ha venido la derrama de la comunidad y este mes voy fatal. Te lo devuelvo, ¿vale?

Carmen se quedó en el rellano, con las llaves en la mano.

—Sí, claro. Ahora te lo hago.

—¡Eres la mejor! Te dejo, que me llaman. ¡Besi!

Colgó. Cuarenta y dos segundos. Carmen lo vio en la pantalla y le dio vergüenza haberlo mirado. Hizo el Bizum en el ascensor. *Te lo devuelvo* sumaba ya, calculó sin querer, unos dos mil euros en los dos últimos años. No le importaba el dinero. Le importaba otra cosa que todavía no sabía nombrar, algo que se parecía a ser un cajero automático con forma de madre.

✦ ✦ ✦

La clínica estaba en la calle Mayor de Santa Elena de Mar, un pueblo de dieciocho mil habitantes donde todo el mundo sabía cómo te llamabas y nadie sabía cómo estabas. Carmen atendió el teléfono, dio citas, sonrió a los niños con aparato y a las señoras con miedo al dentista. Era buena en eso: en tranquilizar a los demás. En hacerlos sentir vistos. Lo había hecho toda la vida.

A la una y media, en el descanso, bajó a la panadería de Mari Cruz a por una barra. Fue ahí, en el corcho de la entrada, entre un anuncio de clases de inglés y otro de un gato perdido, donde lo vio.

Era un cartel sencillo, en papel crema, con letras negras y un pequeño dibujo de una corona dorada, un poco torcida, como hecha a mano.

JEFA DE TU VIDA *Taller para mujeres de 50 o más que sienten que algo tiene que cambiar. Martes a las 19:00 · Casa de Cultura · Sala 2 Gratuito. Solo hace falta venir. Organiza: Teresa Albiol (La Segunda Vuelta, librería)*

Carmen lo leyó dos veces. Luego se rio sola, una risa corta y tonta, porque la palabra *jefa* le pareció de pronto la más ajena del mundo. Ella no había sido jefa de nada. Ni de la clínica, donde la doctora Salvat decidía hasta el color de

las batas, ni de su casa, donde se hacía lo que hacía falta, ni siquiera de su agenda, que se llenaba sola con las necesidades de los otros.

—¿Lo vas a coger? —preguntó Mari Cruz desde el mostrador.

—¿El qué?

—Un papelito. Abajo tiene tiras con el teléfono. Ya se han llevado tres.

Carmen miró. Era verdad: el cartel tenía flecos recortados en la parte de abajo, como los anuncios de pisos de estudiantes, y faltaban tres.

—Qué va. Eso es para mujeres con problemas.

Mari Cruz se encogió de hombros y le dio la barra.

—Mujer, problemas tenemos todas. Lo que pasa es que unas los llevan en la cara y otras en la bolsa de la compra.

Carmen salió. Dio diez pasos. Se paró delante del escaparate de la mercería, donde se veía reflejada de cuerpo entero: una mujer con un abrigo beis, una barra de pan y la cara de alguien que ha olvidado algo en el fuego.

Volvió. Arrancó una tira. Se la guardó en el bolsillo del abrigo, junto al tique del parking, como si fuera un secreto.

✦ ✦ ✦

Andrés llegó a las doce y media de la noche. Ella estaba despierta, con la luz apagada, sintiendo el papelito en la mano a través de la oscuridad. Él se desvistió sin hablar, se tumbó, y a los cinco minutos roncaba con la paz de quien no echa nada de menos.

Carmen pensó en la rosa robada del jardín de los Pons. En el arroz al horno que nadie había contestado. En los cuarenta y dos segundos de Laura. En el

olor a residencia de Pablo. En el cuaderno de recetas de la abuela Amparo, que estaba en algún cajón de esa casa y que no abría desde hacía quince años.

Y pensó, por primera vez sin miedo, una frase entera:

Me he quedado sola dentro de mi propia vida.

No lloró. Hacía tiempo que había aprendido a no llorar en la cama para no tener que dar explicaciones. Pero apretó el papel entre los dedos hasta arrugarlo, y luego lo alisó con cuidado sobre la sábana, a ciegas, para que no se rompiera.

El martes era dentro de seis días.

EG ACADEMY · EL ARTE DE APRENDER

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

Has terminado el primer capítulo de «Jefa de tu vida».
Descubre la novela completa y el programa Jefa de tu vida.

www.egacademyai.es/jefa

DESCUBRIR LA NOVELA COMPLETA

Novela completa · Programa Jefa de tu vida